

Racine en primera fila entre los trágicos franceses y a Voltaire y a Crébillon en segunda fila!

Sobresale en el arte de exponer una idea, de mostrar su desarrollo y encadenamiento con las demás, y su complicación y superposición. No hay ni abundancia ni arranques líricos, pero el pensamiento es siempre fuerte.

Fué italiano de corazón y quiso que se pusiese en su epitafio: Beyle milanés. En *la Chartreuse de Parme*, fuera de la batalla de Waterloo, vista desde su rincón por un quinto, las escenas son italianas. *La Chartreuse de Parme* es una galería de tipos verdaderos y bien plantados, cuadro brillante de una pequeña corte animada de loca pasión, en una decoración brillante en medio de la cual circulan diplomáticos, cardenales, conspiradores y mujeres: Mosca, copiado de Metternich ó del conde de Sauran; Rassi, el alma condenada; Gina, futura duquesa de Sanseverino, verdadera hija de Stendhal, hermosa é inteligente; su sobrino Fabricio, valiente, galante, amado de su tía y de la linda Clelia Conti; Ferrante Palla, poeta y bandido; Ernesto IV, potentado, divertido, todos celosos, envidiados, y enredados en una red de pasiones que aturden por su confusión.

Le Rouge et le Noir nos trae nuevamente á Francia, á la sociedad que siguió á la Revolución. De un simple hecho de la crónica de los tribunales, ha sacado un vigoroso estudio de filosofía, de igualdad, de ambición, de intriga en medio de una sociedad que sólo produce decepciones á jóvenes embriagados por una educación llena de promesas. Los fuertes no aceptan esta bancarrota de la sociedad que no cumple sus compromisos, y atropellan á la multitud, se abren camino á puño cerrado, hieren y matan: Julien Sorel es el tipo más notable de ambicioso que haya figurado jamás en ninguna novela.

Le Rouge et le Noir (el rojo es el uniforme de los oficiales, y el negro la sotana del sacerdote), caso de un seminarista asesino por amor, repetición de un asunto tratado ya por Beyle en *Armanche*, ofrece exquisitos paisajes y un estudio profundo del corazón y de sus razones en la biografía de Julien Sorel, preceptor en casa del Sr. Renal y amante de la esposa de éste, secretario en casa del Sr. La Mole y amante de Matilde de La Mole, el cual intenta matar á su primera querida.

El seminario, la sociedad, los tipos, el cura Chilan, las dos mujeres, Julien: ¡qué páginas llenas de color y de pensamiento, de pasión y de ferocidad! Es su obra maestra.

Lucien Leuwen, novela que Coppée califica de « Cuentas de lavandera », y *Lamiel*, las novelitas *Vanina Vanini (les Carbonari)*, *le Coffre*

1. Publicado por P. Brun.

et le Revenant, *les Cenci* y *l'Abbesse de Castro*, no valen tanto como su hermoso libro *el Amor* escrito por un eterno enamorado!

Agréguese la crítica literaria (*Racine* y *Shakespeare*) la crítica de arte, pintura y música (*Haydn*, *Mozart*, *Raphaël*, *Roma*, *Nápoles*, *Florenia*, *Memorias de un turista*) cuya solidez aparece por doquiera hasta en sus cartas íntimas. Escribía al pintor Hébert:

Cierto día, se dijo Descartes: Hay que tirar por la ventana todas mis ideas actuales y no admitirlas de nuevo en mi cabeza sino después de haber comprobado si son verdaderas. Os aconsejo que tiréis por la ventana todas las ideas de París y que vayáis á ver las tres logias de Rafael y la Sixtina dos veces por semana. Sentiréis horror hacia las bellezas de la litografía y de los keepsakes ingleses. Creo que hacia el mes de agosto, al cabo de seis meses, habréis tirado por la ventana todas las ideas de París. El único talento de París consiste en producir *el Charivari* y las comedias del Sr. Scribe...

Su *Correspondencia* su *Diario*, y su *Vida de Enrique Brulard*, nos revelan el fondo de este espíritu penetrante, razonador, escéptico, epitéreo y socialista acerca de las ideas más avanzadas de su tiempo y poco accesibles á todos. Fué un aislado, un *beylista*. Cuando murió siguieron su féretro sólo tres amigos. Fué un espíritu moderno que se había adelantado á su época. Había predicho: « Seré leído hacia 1880-1900 », y no se equivocó².

Próspero Mérimée (1803-1870) de cuyo nombre hizo Víctor Hugo el lisonjero anagrama: M. Première Prose fué hijo de padres que se dedicaban á la pintura. El continuó la tradición trazando cuadros con la pluma.

Se refiere que nació su escepticismo al ver á su madre reirse de sus lágrimas de niño reñido. Hay que convenir en que ya tenía la vocación. Jamás recibió el bautismo. Á cierta señora que le rogaba que reparase este olvido, le respondió: « Consiento en ello, pero á condición de que seáis mi madrina, de que llevaré un largo vestido blanco y de que me llevaréis en brazos. »

Se estrenó en las letras á los veintidós años, se vió lanzado á la vida mundana y á la oposición liberal. Fué nombrado en 1831 inspector de monumentos históricos; viajó por España, por Inglaterra, por Oriente y por Grecia; hablaba con facilidad todas las lenguas europeas. Publicó

1. Casi todas las obras de Beyle han sido traducidas en castellano y alguna, como *La Abadía de Castro*, fué llevada á la escena. (N. del T.)

2. Es uno de los pocos escritores extranjeros que ha sabido definir alguna de las notas esenciales del carácter español, según hace observar el Sr. Havelock en su reciente libro *The Soul of Spain*. (N. del T.)

estudios de historia romana, fué elegido miembro de la Academia de Inscripciones en 1841 y de la Academia francesa en 1844. Trató y amó á varias damas, entre otras á Jorge Sand. Bajo el segundo imperio, fué, con Octavio Feuillet, el ornamento literario de la corte. Se encargó de dirigir las variadas diversiones de la misma, comedias lecturas, y hasta sesiones de *dictados* para demostrar á la emperatriz que la ortografía es asunto arduo. Es célebre el dictado de Mérimée, especie de nido de trampas. En 1853 fué nombrado senador. Vió estallar la guerra en 1870, asistió á la caída del Imperio, y murió en Cannes, donde descansan sus cenizas. Era tímido, pero se las echaba de cínico. Al entrar en la sociedad, se afligió de hallarla tan perversa y escribía á su desconocida :

Deshaceos de vuestro optimismo y figuraos que nos hallamos en este mundo para batirnos con todo el mundo... Habéis de saber también que no hay nada tan común como hacer daño por el gusto de hacerlo.

Tenía espíritu crítico, franqueza y brutalidad con las mujeres (*Lettres á une Inconnue*) hasta en la corte de Napoleón III y una bondad oculta que nos fué revelada por Jules Sandeau :

Bajo su apariencia glacial, poseía un gran corazón. Nada de desahogos ni de demostraciones verbosas; se mostraba siempre discreto, contenido, tímido y púdico en la expresión de los sentimientos íntimos. Guardábase del entusiasmo como de algo ridículo, y del enternecimiento como de una debilidad : era su preocupación constante el que no le sorprendiesen en flagrante delito de emoción, pero á pesar de todo, la parte afectuosa no tardaba en revelarse... Este escéptico era el mejor y el más servicial de los hombres; vivió y murió irreprochable en materia de amistad.

Mérimée ha trazado su retrato en el *Vase étrusque* al describir á Saint-Clair :

Había nacido con un corazón tierno y amoroso; pero á una edad en que se reciben con demasiada facilidad impresiones que duran toda la vida, habíale atraído bromas por parte de sus camaradas su sensibilidad demasiado expansiva. Á partir de aquel momento, puso empeño en ocultar todas las manifestaciones de lo que él consideraba como una debilidad deshonrosa... En sociedad obtuvo la triste reputación de insensible y de indiferente... Había viajado y leído mucho y no hablaba de sus viajes y de sus lecturas sino cuando se le exigía.

Conoció á Beyle en casa de la Pasta, y trabó relaciones con él sin someterse demasiado á su influencia. Beyle manejaba las ideas generales, Mérimée no hace en sus relatos reflexiones ni consideraciones sociales; no presenta vistas de conjunto de gran elevación. Es realista, ni siquiera consiente en hallar símbolo en *Don Quijote*. Pero ambos fueron igualmente poco líricos. Mérimée no defiende ninguna causa ni se en-

tusiasma por nada en una época en que el ambiente estaba impregnado de entusiasmos y de pasiones. Carece de ideal. Sus heroínas, Arsenia Guillot, Julia de Chavernay, Carmen y Colomba tienen más vigor que gracia. Beyle le decía : « No sois bastante delicadamente tierno. » Los soldados de Waterloo en *la Chartreuse de Parme* tienen exaltación, entusiasmo y fidelidad religiosa hacia el emperador : los de *Enlèvement de la Redoute* luchan por deber.

Mérimée no tiene ni sistema, ni doctrina, ni fe. Sigámosle á las Termópilas :

Tuve la dicha, hace algunos años, de pasar tres días en las Termópilas y subí no sin emoción, á pesar de lo prosaico que soy, al pequeño cerro donde espiraron los últimos de los trescientos... Me han enseñado en Atenas puntas de flechas persas... son de sílex. ¡ Pobres salvajes, Dios quiera que no tengáis nunca que habéroselas con los europeos! Si hay motivo para admirarse de algo, es de que pudiese ser forzado este paso extraordinario. Leonidas cometió el error de ocupar personalmente un puesto inexpugnable, mientras abandonaba al cuidado de un cobarde la guardia de otro desfiladero menos difícil... Murió como héroe; pero represéntese el lector, si es posible, su regreso á Esparta, anunciando que dejaba en manos del bárbaro la llave de Grecia.

No cree en nada¹. Es la nada moral. Experimenta la influencia del cosmopolitismo literario que allanaba las fronteras y comprometía ya el patriotismo. Se burló de los franceses y de los parisienses con constante malicia.

Tuvo que doblegar su genio á las ramplonas sonoridades de los discursos oficiales y este papel no le sentaba bien. Detúvose en su carrera literaria por miedo de comprometer su situación. Buscaba inspiración en los archivos etnográficos ó arqueológicos (*la Chronique du règne de Charles IX, Lokis, la Vénus d'Ille, Carmen*) y sobresalió en el arte de clasificar sus documentos de disponerlos en un marco conveniente y en un relato tan lleno de vida y cautivador como la realidad. Al revés de los románticos, no habla de sí mismo, y oculta lo que pasa en su interior, acaso porque no pasaba nada. Sus tipos tienen toda cierta rudeza y varonil energía.

Todos estos héroes de tragedia no son sino filósofos flemáticos, sin pasiones, que tienen jugo de nabos en las venas en lugar de sangre, gente en fin, á quienes se le va la cabeza aferrando una gavia. Si alguno de esos señores mata á veces en duelo ó de otro modo á su rival, inmediatamente le ahogan los remordimientos y se pone más blando que una breva. Tengo diecisiete años de servicio, he matado á cuarenta y un españoles y jamás he sentido

1. Esta atmósfera de incredulidad que reinaba entonces en Francia entre los literatos, privó á España de una de sus más privilegiadas inteligencias, la de Larra, que imbuido en aquel pesimismo pírrónico, no quiso seguir viviendo. (N. del T.)

nada igual... Personajes, sentimientos, aventuras, todo nos parecía falso. No había más que príncipes que pretendían estar locos de amor y que ni siquiera se atrevían a tocar con la punta del dedo a sus princesas.

Esta conducta y su lenguaje en materia de amor nos maravillaban a nosotros marinos, acostumbrados a no andar con remilgos en materia de galantería. (*La Famille de Carvajal*.)

Reaccionó contra la sensiblería que entonces reinaba con el vigor, la indiferencia, y el desafío de la muerte a la que invoca en todos sus relatos. Decía hablando de V. Jacquemont :

Era una naturaleza amorosa y tierna, pero ponía tanto cuidado en ocultar sus emociones como ponían otros en disimular sus malas inclinaciones. En nuestra juventud nos había chocado la falsa sensibilidad de Rousseau y de sus imitadores. Como de ordinario se había organizado una reacción exagerada. Queríamos ser fuertes y nos burlábamos de la sensiblería.

Le atrajeron lo horrible y lo terrible. Aun en medio del libre buen humor del teatro de Clara Gazul, se ve correr la sangre; Lokis degüella a su desposada. Se nota sensiblemente la influencia satánica de la época. Su desconocida, la condesa de Przewdzieska, hace decir misas por su alma.

Prefirió los países y las épocas que presentaban cierto carácter de bestialidad : la Jacquerie con el tipo bárbaro del capitán Siward, Sylla y Catilina, los bandidos de *Carmen*, los corsos de *Colomba*, el tahir de *la Partie de triquet*, que se mata, los horrores de *la Venus d'Ille* y de *la Double Méprise*, Mateo Falcone el adúltero y suicida, y los dramas y novelas rusos que tradujo y que estaban de acuerdo con sus preferencias.

Mostró aficiones a la historia y a la geografía, que le pagaron su preferencia, porque sus descripciones y sus toques de color local, sobrios y francos, son acabados. Sus falsas baladas líricas de *la Guzla* engañaron a muchos, como antes lo había hecho Clara Gazul. Estas supercherías literarias le procuraban un placer rudo. Como Beyle, se complacía en ocultarse con una máscara y un nombre falso; pero al contrario de Beyle, conservaba siempre la máscara y no se descubría : su obra, desde el punto de vista sentimental presenta una impersonalidad clásica. Él no se mostraba jamás. Sus héroes le ocultan. Engañó, se burló, criticó y manejó la ironía en sus comedias (*les Mécontents* y *les Deux Héritages*) y siempre hizo gala de indiferencia. Léase el duelo de Saint-Clair y Thémios en *le Vase étrusque*, el asalto del reducto, el trato de los esclavos en *Tamango* y el suicidio frustrado de Arsenia Guillot; siempre se presenta la ironía para contener la emoción. Al contrario de Beyle, cuidó mucho el estilo, poniendo empeño en que fuese sobrio, condensado, lleno de precisión, bruñido como el acero, libre de todo

exceso y hermoso en medio de su desnudez artística : ni una sola cincelada en la sombría efigie, ha dicho Musset.

En medio de los felpos empenachados de los románticos, llevó un casco liso.

Se han publicado recientemente numerosas cartas de Mérimée : con ello no ha ganado nada su gloria literaria, pero su persona resulta mucho más simpática. Cae la pantalla tras de la cual se oculta en sus obras y aparece el hombre amable.

Nieto de una negra de Haití, Cessette Dumas, y del marqués David de la Pailletterie, hijo de un general del Imperio, célebre por su fuerza física y apellidado el Horacio Coçlès del Tirol, nació Alejandro Dumas padre el 24 de julio de 1802. A los cuatro años perdió a su padre y apuntó al cielo con una escopeta para « matar a Dios » y castigarle por aquella muerte. Era un hermoso niño rubio, de ojos azules, nariz recta, labios gruesos y carácter rabioso. Aprendió latín en casa del cura de Villers-Cotterets por tres francos al mes y vagabundó libremente por el bosque. Entró de escribiente en casa de un notario y vió representar a *Hamlet* en Soissons. Esto le produjo viva emoción. Gracias a sus amigos, hizo algunos conocimientos, en París, en el mundo literario, fué presentado a Talma y acabó por abandonar la notaría de Villers-Cotterets y el pueblo, con 53 francos, producto de la venta de algunos grabados y del juego del billar. Tenía una carta para el general Foy que le preguntó :

— Vamos a ver ¿qué sabéis hacer? ¿Conocéis algo de matemáticas? — No, mi general. — ¿Tenéis a lo menos algunas nociones de geometría y de física? — No, mi general. — ¿Habéis hecho los estudios de derecho? — No, mi general. — ¿Sabéis latín y griego? — Muy poco. — ¿Entendéis algo de contabilidad? — Ni una jota.

A cada pregunta, sentía Dumas que le subía el rubor al semblante. Al fin le dijo el general con bondad : « Dádme vuestras señas y reflexionaré a ver qué puedo hacer por vos. »

Alejandro Dumas escribió sus señas. « ¡Estamos salvados, exclamó el general dando una palmada; ¡tenéis buena letra! » Dumas inclinó la cabeza sobre el pecho.

Tres días después entraba en las oficinas del duque de Orléans con el sueldo de 1.200 francos. Cuando fué a darle las gracias al general Foy, le dijo : « Voy a vivir de mi letra, pero os prometo que algún día viviré de mi pluma. »

Escribió para el teatro; la más fructuosa de sus primeras comedias, *la Noce et l'Enterrement*, le produjo diez francos. Buscando papel en

la oficina de contabilidad, donde había abierto encima de una mesa un volumen de Anquetil, halló el asunto de *Henri III et sa Cour*.

Tomó parte en las jornadas de julio é hizo fuego, oculto detrás de un león del Instituto.

Bajo Luis Felipe sus primeros éxitos le abrieron los salones y el palacio real: *Henry III et sa Cour* (1829), una trilogía sobre *Cristina* (1830), *Antony* (1831) y *Charles VII chez ses grands vassaux* (1831), comenzaron brillantemente la serie de sus obras dramáticas que debían continuar *la Tour de Nesle* (1831), *Kean* (1832), *Caligula* (1837), *M^{lle} de Belle-Isle* (1839), *un Mariage sous Louis XV* (1841), *les Demoiselles de Saint-Cyr* (1843), *Catilina* (1848), *la Jeunesse de Louis XIV* (1854), *l'Invitation à la valse* (1857): en junto 91 obras dramáticas.

Antony fué una de las obras maestras del drama romántico¹. Puso toda su pasión salvaje en el relato dialogado de la aventura de Adela Herveg, de su marido el colonel Hervey y de Antony. Era la época en que tenía amores (después de Adela Dalvin, Catalina Labay y antes de Belle Kreslsamer, la Condesa, Adah Merken y algunas otras) con cierta Melania Waldor á la que escribía cartas apasionadas.

En *Antony* nace el drama del retorno del marido. En la realidad Dumas escribía á Melania al aproximarse el regreso del capitán Waldor: « Hay que hacerle nombrar comandante, angel mío, no hay más que este medio de salir del paso. » En efecto el marido recibió el ascenso que le alejó de nuevo.

Sabido es el éxito de este drama representación de la realidad. La última frase de *Antony* constituye por sí sola la moral de la obra y los espectadores se quedaban hasta la caída del telón para oír estas palabras dichas por Bocage. « ¡ Me resistía y la he asesinado! » Ahora bien, en el Palais-Royal cierto director de escena mal informado, hizo caer una noche el telón después de la puñalada del amante. El público no satisfecho empezó á gritar con energía: « ¡ El desenlace! ¡ El desenlace! » Las reclamaciones fueron tales que hubo que alzar nuevamente el telón para permitir á los artistas terminar la obra. La Sra. Dorval volvió á adoptar, sentándose dócilmente en su sillón, la actitud de mujer asesinada, pero Bocage, furioso porque le habían impedido producir su mejor efecto se negó á salir de su camarín. Entre tanto Dorval esperaba con los brazos caídos y la cabeza inclinada hacia atrás; el público, calmado por un momento, al ver que no volvía el actor, empezó á gritar más fuerte. Temiendo una tormenta, Dorval ranimó su brazo inerte, irguió la cabeza, se levantó avanzó hasta la batería y en medio del silencio que volvió á reinar como por encanto, al ver su primer movimiento, dijo: « Señores, ¡ yo le resistía y me ha asesinado! »

1. Larra tiene entre sus escritos de crítica un estudio muy interesante sobre *Antony*.

La lista de sus novelas forma un catálogo copioso. Había proyectado escribir la Historia de Francia, no ya en rondoos, sino en novelas. De 1681 á 1862 escribió, según el orden cronológico de los asuntos: *le Bâtard de Mauléon*, *Isabel de Bavière*, *la Comtesse de Salisbury*, *Charles le Téméraire*, *Ascanio*, *les Deux Diane*, *le Page du duc de Savoie*, *la Reine Margot*, *la Dame de Monsoreau*, *les Quarante-Cinq*, *les Trois Mousquetaires*, *Vingt ans après*, *le Vicomte de Bragelonne*, *le Chevalier d'Harmental*, *une Fille du Régent*, *Olympe de Clèves*, *Joseph Balsamo*, *le Collier de la reine*, *Ange Pitou*, *la Comtesse de Charny*, *le Chevalier de Maison-Rouge*, *les Blancs et les Bleus*, *les Compagnons de Jéhu*, *le Comte de Monte-Cristo*, *les Mohicans de Paris*, *Salvator le commissionnaire*, *les Louves de Machecoul*.

Escribió también, ha dicho uno de sus más recientes y mejor informados biógrafos, L. Henry Lecomte, estudios íntimos como *Amaury* y *Fernande*. No es un mundo, sino veinte mundos distintos, los que se ven pasar como un sueño en las obras de Dumas. Las peripecias se suceden con tanta rapidez y los personajes experimentan en sus caracteres ó en su fortuna, transformaciones tan completas que el lector, arrancado de las vulgaridades de la vida, devora hasta la última línea del volumen, y acabado éste alarga la mano para coger otro, sin ocuparse del estilo, á veces incorrecto, ni de los pensamientos, rara vez profundos¹.

Si no es ésta la historia conforme á los métodos críticos más severos, es una parte de la historia y muchos no conocen otra, lo cual es preferible á no saber nada de ella.

Agréguense relatos de viajes, estudios, biografías y capítulos de crítica. Hasta fué poeta (*Elegía á la muerte del general Foy*). En un periódico que había fundado, la *Psyche*, publicó poesías de 1826 á 1829 y también en el *Almanaque de las Musas*, *los Anales románticos* y el *Talisman*.

Sus versos no han sido nunca coleccionados.

Perdió á su madre en 1838.

Edificó en Port-Mariy un castillo al que llamó Monte-Cristo. Creó el *Mosquetero*, periódico efímero, trabajó como un negro, es decir como lo que era, y murió en Puy el 4 de diciembre de 1870, entristecido por la funesta guerra cuyos primeros reveses presenció.

Lo que maravilla ante todo es la suma de trabajo que produjo, aun teniendo en cuenta la colaboración de Gaillardet, Maquet, P. Meurice, Bocage y otros muchos.

1. En España fué tan popular que, allá por los años de 1866 y siguientes no había pueblo ni aldea á donde no llegasen sus novelas y donde no fuesen familiares los nombres de *Athos*, *Porthos*, *Aramis*, *Edmundo Dantes*, *el Abate Faria*, *la Carconte*, etc.

En 1848 se presentó como candidato con este programa :

Á LOS TRABAJADORES

Me presento candidato á la diputación; solicito vuestros votos: he aquí mis títulos :

Sin contar seis años de educación, cuatro de notariado, y siete de burocracia, he trabajado veinte años á razón de diez horas por día ó sea 73.000 horas. Durante estos veinte años he compuesto 400 volúmenes y 35 dramas. Los 400 volúmenes tirados á 4.000 ejemplares y vendidos á 5 francos cada uno han producido 11.853.630 francos, que se han repartido entre tipógrafos, fibrreros, dibujantes, impresores, etc.

Los 35 dramas representados 400 veces cada uno por término medio han producido 6.360.000 francos, que se han repartido entre directores, actores, decoradores, etc.

Fijando el salario cotidiano en 3 francos, como hay en el año 300 días de trabajo, mis libros han dado durante años salario á 692 personas, y mis dramas han hecho vivir en París durante diez años á 347.

Triplicando la cifra, para todas las provincias, hace 1.041. Agréguese las acomodadoras, jefes de *claque* y coches, 70 personas. El total asciende á 1.458.

Dramas y libros han pagado, por término medio, el trabajo de 2.160 personas. En este número no están comprendidas las reproducciones belgas y las traducciones extranjeras.

Dumas hijo nos ha bosquejado el temperamento de su padre dando algunos detalles típicos acerca de sus hábitos :

Mi padre no trabajaba de un modo irregular. Entregábase al trabajo generalmente desde que se despertaba hasta la hora de comer. El almuerzo no era más que un paréntesis. Cuando almorzaba solo, lo cual era raro, le llevaban una mesita servida á su despacho, y comía con mucho apetito todo lo que le servían. Después de esto volvía á su silla y tomaba nuevamente la pluma. No bebía sino agua con un poco vino tinto ó vino blanco con agua de Selz; no tomaba café ni licores ni tabaco. En el curso del día sólo bebía limonada. Trabajaba á veces por la noche, pero no velaba demasiado; dormía muy bien.

Tenía necesidad de gran cantidad de sueño. A veces, durante el día, se quedaba dormido por decirlo así á su voluntad, durante un cuarto de hora dando fuertes ronquidos y en seguida volvía á coger la pluma...

No tachaba nada, y su letra era la más hermosa del mundo. Su cerebro le distraía de todo; en todas sus molestias y penas era su panacea el trabajo.

Le acusaban de plagiar, de copiar, de apoderarse de todo lo que le parecía bueno. El se defendía sin emoción :

Son los hombres y no el hombre quien inventa. Cada uno llega á su vez y á su hora, se apodera de las cosas ya conocidas de sus padres, las prepara mediante nuevas combinaciones y muere después de haber agregado algunas partículas á la suma de los conocimientos humanos.

En cuanto á la creación completa de una cosa, la creo imposible. Dios

mismo cuando creó al hombre, no pudo ó no se atrevió á inventarlo; le hizo á su imagen. Esto es lo que hacía decir á Shakespeare, cuando un crítico estúpido le acusaba de haber tomado á veces una escena entera de algún autor contemporáneo : es una muchacha que he sacado de una mala compañía para ponerla en otra buena. Esto mismo hacía decir más cándidamente aún á Molière : tomo mi bien donde lo encuentro. Y Shakespeare y Molière tenían razón, porque el hombre de genio no roba, sino que conquista.

Alejandro Dumas, que tenía la conciencia de su mérito, decía un día al rey Luis Felipe : « Sabéis, Sire, que soy hijo de mis obras. — Es verdad, respondió el rey, porque aseguran que no sois su padre. »

No le abatía el trabajo y su buen humor era inalterable. Tenía ocurrencias encantadoras. Cierta día se discutía en casa de un banquero acerca de la existencia del Ser Supremo :

— ¡ Oh! dijo el general de X... ¿ cómo es posible ocuparse en nuestra época en semejantes bagatelas? Por mi parte no me figuro de ningún modo á ese personaje misterioso á quien se da el nombre de Dios.

— General, replicó Alejandro Dumas, tengo en mi casa perros, monos y un papagayo que son absolutamente de vuestro mismo parecer.

Cierta noche, vió en el Teatro Francés á un espectador que dormía durante la representación de una pieza de Soumet : « Mira, le dijo á su colega he ahí el efecto que producen tus obras. » Al día siguiente, representaban una comedia de Dumas; el autor se hallaba á la entrada de la orquesta cuando de pronto le señaló Soumet á un señor que se había quedado dormido en su butaca, diciéndole con satisfacción : « Ya veis, querido Dumas, que también se puede dormir oyendo vuestra prosa! — Ese, replicó Dumas, es el mismo señor de ayer que no se ha despertado todavía. »

Entrando en un salón con el pecho cubierto de condecoraciones, se acercó á él un envidioso que, señalando con el dedo cierta orden extranjera, exclamó con acento irónico : « Mi querido Dumas, lleváis una condecoración de color muy extraño. — Sí, replicó el autor, es verde como las uvas de la fábula. »

Un escritor de segundo orden, Adolphe Dumas, había hecho representar en el Odeón un drama moderadamente aplaudido, *le Camp des Croisés*. Encontrando algunos días más tarde en el saloncillo del teatro á su célebre homónimo, le alargó la mano exclamando : « En adelante se hablará de nosotros como de los dos Corneille. » Alejandro Dumas se inclinó cortesmente, pero al despedirse de la asistencia, pocos momentos después, dijo á su presuntuoso colega : « ¡ Adios, Thomas! »

Cierta dama tenía un álbum de autógrafos, y estaba atacada de esa manía que Massenot ha calificado con una frase célebre de *albuminuria*.

Pidió á Dumas algunas líneas de su mano. Él respondió con este billete : « Lo siento mucho, señora, pero no doy nunca autógrafos. — ¡ Qué lástima ! dijo la señora, y rompió el billete. » Por lo menos así lo cuenta Dumas.

Hizo una vida de bohemio, siempre lleno de deudas. Debía 250 francos á su botero que iba á reclamárselos todos los domingos á Saint-Germain. Le convidaba á almorzar, y cuando se iba, le ponía un luis en la mano diciendo : « Para el ferrocarril. » Al cabo de un año el botero había cobrado 1.000 francos de indemnización y Dumas seguía debiéndole la misma cantidad. Cierta día le presentaron una letra de cambio, la miró, la volvió del revés y dijo : « ¿ Qué es esto ? ¿ qué es esta letra ? ¡ Ni siquiera está protestada ! »

No perteneció á la Academia, aunque había pensado en ello. El día de la muerte de Parseval de Grandmaison, fué á ver al secretario perpetuo Michaud para presentar su candidatura : « ¡ Ya ! dijo Michaud. ¿ En qué habéis venido ? ¿ En el coche fúnebre ? »

Dumas hijo decía : « Mi padre tiene tanta vanidad que es capaz de colocarse en la zaga de su carruaje para hacer creer que tiene un negro. »

En una comida de jóvenes literatos, se refería una historia en que el deudor se conducía como don Juan con el Sr. Dimanche. Dumas hijo reía á carcajadas. Uno de los convidados le dijo al oído : « ¿ Ignoráis que se trata de vuestro padre ? — ¿ De mi padre ? Es imposible, lo hubiera consignado en sus *Memorias*. »

Cuando Amédée Achard publicó su novela de *Belle-Rose*, envió un ejemplar al gran novelista. Algún tiempo después, encontró Achard á Dumas y le preguntó : « ¿ Qué tal, querido maestro ? ¿ Habéis leído mi libro ? — Seguramente, respondió Dumas, y me ha divertido como si fuese mío. »

Carlos Monselet ha dicho de él : « La vanidad forma parte de su talento ; es como un globo que sólo se eleva cuando está hinchado. »

Por lo que hace á su estilo, él mismo lo juzgaba sin vanidad. Escribía demasiado de prisa para no incurrir en negligencias y en repeticiones y para no emplear metáforas incoherentes, imágenes imposibles : « languideces aterciopeladas » ó el « vello evaporado por el viento de los consejos ortodoxos ». También se encuentran audacias inadmisibles. ¡ Pero qué importa ! Hay en él movimiento, sentido de lo concreto y de lo preciso, elocuencia y naturalidad ; Nisard le alabó asegurando que escribía en una lengua mejor que la de Balzac.

Su lectura apasiona. Sarcey conoció á un niño que lloraba por no haber podido acabar durante las vacaciones la lectura de los *Tres Mosqueteros*. Lord Salisbury vió cierta noche luz en el cuarto del príncipe

de Gales hasta las cuatro de la mañana. Preguntóle si había estado enfermo. « No, respondió, leía á *Monte Cristo*. »

No ha dejado de ejercer influencia. Pailleron (*la Souris*), E. Augier (*le Gendre de M. Poirier*) recuerdan el *Marido de la viuda* ó el *Matrimonio bajo Luis XV* ; Sardou (*Patrie, la Haine*) deben mucho á Dumas padre y también Meilhac y Halévy en un género muy diferente (*Fanny Lear* y *Paul Jones*).

Hay que releer las lindas páginas que Edmond About recitó ante su estatua :

Esta estatua que sería de oro macizo si todos los lectores de Dumas hubiesen contribuido con un céntimo, esta estatua, señores, es la de un gran loco que en medio de su buen humor y de su aturdidora alegría poseyó mayor suma de buen sentido y de verdadera sabiduría que todos nosotros. Es la imagen de un irregular que ha sido una excepción de la regla, de un hombre de placer que podría servir de modelo á todos los hombres de trabajo ; de un buscador de aventuras galantes, políticas y guerreras que ha estudiado por sí solo más que tres conventos de benedictinos. Es el retrato de un pródigo que, después de haber derrochado millones en liberalidades de todas clases, ha dejado sin saberlo, una herencia de rey. Esta figura resplandeciente es la de un egoísta que se ha consagrado toda su vida á su madre, á sus hijos, á sus amigos y á su patria ; de un padre débil y bonachón que dejó completa libertad á su hijo y que sin embargo tuvo la rara suerte de verse continuado en vida por uno de los hombres más ilustres y mejores que Francia ha podido aplaudir jamás...

No sólo pertenece Dumas á nuestra antigua y fraternal sociedad por su incomparable genio de narrador, sino también por su carácter, por sus costumbres, por sus cualidades, por sus defectos y hasta por sus errores. Hemos tenido entre nosotros escritores igualmente grandes, pero jamás hemos tenido un tipo de literato tan perfecto. Fuera de su profesión hizo muchas cosas, por ejemplo, la revolución de 1830 y la conquista de las Dos Sicilias ; pero puede decirse sin exageración que sólo vivió para escribir. Cuando se sumía en el estudio de la historia, lo hacía como un pescador de perlas, para sacar una novela. Cuando viajaba por África, Siria, el Cáucaso, Suiza é Italia, era para contar sus viajes. El encuentro más vulgar, la conversación más insípida, le suministraron por lo menos una página interesante.

Crió animales, perros, gatos, monos, tortugas, ranas y hasta un oso si mal no recuerdo ; lo hacía para comunicarles ingenio ¹. Las mujeres tuvieron mucha parte en su corazón pero les consagró poco tiempo ; dudo que la más amada ejerciese bastante imperio sobre él para apartarle del trabajo, porque no dejó de producir sino cuando dejó de vivir. Y ¿ qué hubiera ocurrido, ¡ santo cielo ! si el maná que toda su gente aguardaba con la boca abierta hubiese faltado un solo día ? Recordad, el tiempo, tiempo feliz en que los pe-

1. Casi por la misma época tuvimos en España otro Alejandro Dumas, el ilustre granadino Manuel Fernández y González, de imaginación tan brillante y creadora como la del novelista, y más aun, pues no tuvo colaboradores y á veces dictaba dos ó tres novelas al mismo tiempo. Decía con su habitual gracejo que « la mitad de los españoles se habían soltado á leer con sus novelas ». Era también muy aficionado á los perros y, como su casero le llamase la atención sobre este punto, alquiló un hotel para consagrarlo exclusivamente á perrera.